

CONCLUSIÓN

A lo largo del presente trabajo, hemos podido observar que, desde tiempos inmemoriales, de forma sincrónica y diacrónica, el mundo entero, salvo dos excepciones, ha creído en la inmortalidad del alma humana. Esas dos excepciones son, por una parte, el pueblo del Israel antiguo desde Moisés hasta Malaquías; es decir, desde el primer profeta hasta el último, cuyos escritos abren y cierran el Antiguo Testamento; por otra parte, el pueblo cristiano, cuyas creencias están en el Nuevo Testamento. Esto es, para nosotros, una gran prueba de que el AT y el NT están inspirados por el Altísimo, del cual se dice que es **“el único que tiene inmortalidad”** (1 Timoteo 6:16). Por consiguiente, Dios no inspiró a ningún escritor del AT ni del NT para que dijera que también el alma humana tiene inmortalidad; porque si el alma humana tuviera inmortalidad, ya no sería Dios el único que la tiene.

Por otra parte, sin la inspiración de Dios, hubiera sido imposible que la creencia en la inmortalidad del alma no se hubiera introducido en el canon hebreo del AT, ni en el canon griego del NT. En efecto, según los griegos, **los egipcios fueron los primeros** que dijeron que **“los hombres tienen un alma inmortal”**. Teniendo esto en cuenta, vemos que Moisés, habiendo sido educado en la cultura egipcia (**Hechos 7:21**), conoció todas las creencias religiosas de los egipcios incluida la creencia en la inmortalidad del alma. Por tanto, lo más normal es que él hubiera transmitido esta creencia en sus escritos del Pentateuco; por lo que sólo Dios pudo evitar que esta creencia apareciera en los escritos de Moisés. Después, los profetas que lo siguieron, debieron hablar conforme a la **Ley** (el Pentateuco) y el **testimonio** (el Decálogo), (según **Isaías 8:19-20**); por tanto, ningún profeta introdujo esa creencia pagana en el AT.

En el período intertestamentario, la creencia pagana de la inmortalidad del alma se introdujo en el pueblo de Israel por medio de los libros apócrifos del AT y de otros libros judíos escritos en esa época. Por esto, cuando Jesús empezó a predicar, los judíos (excepto los saduceos) creían en la inmortalidad del alma. Por tanto, lo normal habría sido que los escritores del NT hubieran hablado con toda normalidad de esa creencia; sin embargo, la creencia de la inmortalidad del alma no aparece en el texto griego del NT.

Todo esto es así porque, en el AT, sólo habla Dios por medio de los profetas; y, en el NT, también habla Dios sólo por medio de su Hijo (**Hebreos 1:1-2**), y todo lo que Cristo enseñó, de parte de su Padre (**Juan 12:49-50**), es lo que aparece en el NT. Por esto, Dios no ha permitido que, en el AT ni en el NT, aparezcan juntas estas dos palabras: **alma inmortal**; pero lo que sí aparece claramente es la expresión que afirma que Dios es **“el único que tiene inmortalidad.”** (1 Timoteo 6:16); y el mismo apóstol enseña : **“... aunque nosotros o un ángel del cielo os anunciase otro evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema.”** (Gálatas 1:8). Por consiguiente, ¿cómo puede haber personas que se consideren cristianas, que aceptan la enseñanza del apóstol Pablo, y, al mismo tiempo, contradiciendo a este apóstol, crean y digan que **el alma humana tiene inmortalidad o es inmortal?**, ¿no se dan cuenta que, en lugar de creer lo que dice Pablo, están creyendo lo que dice Platón?

 *

En los **Apéndices** que van a continuación, veremos los lugares inventados por los pueblos paganos antiguos, para aparcar a las almas de los réprobos tras su muerte. Al importar los judíos y cristianos la creencia pagana de esos pueblos sobre la inmortalidad del alma, forzosamente tuvieron que importar también esos lugares de aparcamiento y tormento para las almas de los hombres que se habían perdido para la eternidad, y para las de aquellos que tenían que pasar por un tormento de purificación antes de acceder al cielo. Incluso, inventaron, los cristianos, un lugar nuevo, el limbo, para depositar las almas de los niños que morían sin haber sido bautizados; aunque ahora, al parecer, han repudiado este limbo, lo estudiaremos como una parte de la historia de la Iglesia; y porque, al haber sido creado para que los padres llevaran a los niños recién nacidos para ser bautizados, y así hacerlos miembros de la Iglesia, esa finalidad permanece todavía sin que nadie haya dado ninguna explicación de lo que pasa ahora con las almas de los niños que mueren sin haber sido bautizados. En fin, el hecho de pensar en esos lugares de tormento ha llenado (y aún llena) de pánico a muchas personas, que están en el más absoluto desconocimiento de lo que hay después de la muerte; y si es verdad, o no, la existencia de esos tenebrosos lugares de tormento por fuego eterno, donde (según los infiernistas) puede enviar Dios a uno para siempre por los siglos de los siglos. Y ese pánico a que su alma vaya a esos tormentos ha llevado a muchas personas a donar sus bienes a la Iglesia católica para conseguir la salvación de sus almas; por lo que se ve que la Iglesia se ha servido del infierno (y del purgatorio) como de un medio para amasar grandes riquezas, en lugar de enseñar la verdad a las gentes, para que no tengan miedo a la muerte, ni sufran ante la incertidumbre de si un familiar difunto está ardiendo en esos lugares de fuego eterno:

“Las donaciones de tierras, campos, huertas o viñas que hacían los pequeños propietarios rurales a las iglesias y monasterios, para alcanzar la salvación de sus almas y ser partícipes de las gracias obtenidas con sus oraciones, contribuyeron eficazmente a la formación de los grandes señoríos eclesiásticos.” (63/288).